

Una ventana sobre toda la realidad

Artículo de Padre Jacques Bagnoud, De un Punto Corazón al otro N° 50

El camino recorrido hasta hoy nos permitió meditar sobre la actitud natural de nuestro corazón, y sobre esta realidad que lo provoca sin cesar a decir “yo”. Pero es muy difícil mantenerse frente al mundo sin oscilar entre el entusiasmo y la desesperanza. Si todo lo real es señal, y si nosotros estamos dotados de una personalidad única apta para leerlo – es el culmen de la actividad de nuestra razón – y llegar a su encuentro, sentimos sin embargo la necesidad de ser educados¹. Sin esto, entregados a merced de los vientos contrarios, llegamos a la grisalla del conformismo. ¿De qué más conmovedora manifestación de la ternura de Cristo podemos entonces disfrutar que la de ser atraídos por un carisma? Por el fundador nos es comunicada una postura frente a la vida que impregna nuestra mirada y nuestro obrar, respondiendo así a nuestra angustia: “¿qué hacer? y ¿cómo?”

Este primer artículo nos introduce en la actitud modelada por el carisma, proponiendo una buena síntesis: una actitud de niño (abordado la Escuela N°20), de apertura ilimitada (N°21), una mirada que ve la belleza en toda cosa (N°22) valorizando hasta el más pequeño detalle (N°23), u na actitud mariana que mira el pecador con compasión (N°24).

Rápidamente después de la fundación de Puntos Corazón, los Amigos de los niños que volvían a su país constataron que nuestro carisma no puede reducirse a un período limitado de tiempo, ni a un proyecto humanitario, por más generoso que sea éste. El carisma de Puntos Corazón marca para toda la vida porque es un modo de pertenecer a la Iglesia, de participar en la misión del Hijo, de mirar toda la realidad con la mirada de María. Lejos de ser un paréntesis o una evasión, el carisma de Puntos Corazón nos permite reconciliarnos con todos los aspectos de nuestra vida y nos invita a abrirnos a las dimensiones del mundo. Nos permite acoger, ofrecer y amar toda la realidad.

Santa Teresita exclama: “Yo escojo todo”, o dicho de otro modo yo abrazo todos los sufrimientos y todas las alegrías, toda la realidad en un mismo amor. El carisma nos permite entrar en este caminito de la infancia espiritual. El niño acoge la realidad “*con la boca y los ojos abiertos de par en par*” como lo dice Don Giussani. La actitud del niño está abierta a todo, profundamente positiva, llena de admiración y de deseo, como aquel que se prepara para una fiesta. Y el niño percibe también que la alegría de esta fiesta se arraiga en su pertenencia reconocida y aceptada en relación con sus padres. Jesús no duda en presentar esta actitud del niño como una condición para entrar en su Reino. En las visitas que hacemos en Puntos Corazón, nos sorprendemos al constatar que esta actitud positiva y de apertura se encuentra a menudo donde menos lo esperamos. Pienso en Radnamery, esta leprosa (que está siempre en su cama), que vive cerca del Punto Corazón de Chengalpet en India, que nos acoge siempre con una gran sonrisa y nos invita a dar gracias a Dios por la belleza de la vida.

¹ Ndt: para afrontar lo real.

Nuestra relación “adulta” con la realidad es por el contrario muchas veces hostil. Tenemos una actitud rebelde frente al sufrimiento, llena de miedos por el futuro, de dudas, de censura, de rechazo frente a las circunstancias. Esta “fobia” de lo real se acentúa hoy con la deshumanización de la sociedad y esto incita al hombre a huir en el sueño, en el mundo “virtual” de la imaginación o de la utopía. El resultado de esta huida es la ausencia, la soledad y la desesperanza. Nuestra cultura post-moderna nos enseña una actitud de resignación que nos hace vivir “a medias” entre la huida y un tibio conformismo.

El hombre es deseo de infinito

En Puntos Corazón, cuanto más los Amigos de los niños prestan oído al grito de los niños y de los pobres, más sale a la luz la impotencia para responder a ese grito. Es que la sed del hombre no tiene límites. La satisfacción de una atracción no hace sino avivar aún más su sed, es tal vez por eso que las personas más desesperanzadas se encuentran en los países más pudientes. El deseo de comunión del hombre se enfrenta con las divisiones en el seno mismo de la familia; su exigencia de justicia con las terribles desigualdades de nuestro mundo; su interés por la verdad se ahoga en la confusión de las innumerables ideologías y del escepticismo general; su deseo de plenitud se sofoca en la banalidad de la vida cotidiana, la enfermedad o las preocupaciones. Nuestros deseos son siempre infinitos y se hacen añicos contra las circunstancias efímeras, contingentes y limitadas de nuestras jornadas y más aún contra el muro del sufrimiento. El infinito es la consistencia de nuestro ser, el fuego interior que no cesa de decirnos “más lejos”, “mucho más”. Si yo no puedo encontrar este infinito en cada acontecimiento, mi vida sofoca y debo huir.

Reunir todo en la cruz de Cristo

Encontrar el infinito en cada circunstancia de mi vida, encontrar este amor por lo real pasa hoy por la cruz de Cristo, centro de la historia y de la vida de cada hombre. Como lo dice San Pablo: *“El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas”* (Rom. 8, 31-32) El carisma de Puntos Corazón nos invita a descubrir que después de la muerte y la resurrección de Jesús, nada puede aniquilar la ‘positividad’ total y eterna que nos es dada en Él. Él tomó sobre sí la totalidad de nuestros sufrimientos para compartir con nosotros la plenitud de su vida. La vida humana consiste en penetrar en ese don inmenso del cuerpo de Jesús, destrozado y librado y dejarse ofrecer con él al Padre. La cruz de Cristo no suprime la realidad del mal y del sufrimiento sino que la traspassa y abraza en un amor sin límites que devuelve a toda la realidad su relación con el Absoluto.

El carisma de Punto Corazón: contemplar todo en la mirada de María

La mirada de compasión de María sabe percibir, más allá de las apariencias, la unidad y la belleza del Ser; más allá del sufrimiento y del mal, la gloria y la victoria definitiva de Cristo. Esta mirada está pues cargada de esperanza y abre un nuevo camino de comunión. Puesto que todo es uno en Cristo, puesto que todo subsiste en Él y que todo es ofrecido en Él al Padre, nada me debe dejar indiferente, nada me es ajeno, todo es mío. Toda belleza, artística o natural es un reflejo de Su Belleza infinita. Toda verdad participa de la plenitud de la revelación cristológica, toda bondad se arraiga en el don de Su vida.

Una actitud filial de apertura ilimitada

Percibir en todas las cosas el infinito, implica una verdadera muerte de sí mismo. No se trata solamente de dejar su país y su familia, sino sobre todo los prejuicios y las ideologías que deforman, reducen y endurecen todo lo que yo miro. El carisma es la fuente de un juicio nuevo que me permite amar *lo que es*, mucho más que la idea que yo me hago. Este amor a la realidad conduce a una corrección continua de la mirada para abrir nuestra inteligencia y nuestro corazón a toda la realidad.

Las actitudes negativas delante de lo real provocan una parálisis en nosotros: ¿para qué intentar algo, para qué darse? Por el contrario, aquél que sabe maravillarse suscita el entusiasmo, la confianza y el compromiso, y hace florecer todo lo que mira. En este sentido, la mirada de compasión participa del acto creador del Padre. Hemos encontrado numerosos Zaqueos que han descubierto de nuevo la belleza de sus vidas y su capacidad de darse, solamente porque un Amigo de los niños ha puesto una mirada respetuosa y amigable sobre ellos.

El carisma es una ventana abierta que hace percibir lo infinito del amor de Cristo en todas las cosas. Esto nos permite reencontrar la actitud del niño que recibe la realidad como dada, como un maravilloso regalo, como el signo y el sacramento de la ternura del Padre.